

se presentó delante de Terceira, en 26 de Enero de 1829, con unos seiscientos cincuenta hombres, embarcados en cuatro pequeños buques mercantes que él había fletado, una escuadra inglesa, mandada por Walpole, se interpuso, y como Saldanha persistiera le disparó un cañonazo, que mató á un hombre é hirió á otro. Este cañonazo resonó en el mundo entero. Inglaterra, disparando sus cañones en favor de Miguel, de un usurpador y de un absolutista, era una monstruosidad. El cañonazo de la isla Terceira borró de todos los corazones honrados el mérito que había contraído Inglaterra en Navarino.

Si la expedición de Saldanha fracasó y tuvo que hacer vela para Brest, desde donde su gente fué dirigida á Ostende y Bruges, otras expediciones lograron burlar la vigilancia de Walpole, y en Terceira se reunieron tres mil hombres bien amunicionados y con abundante provisión de víveres. Lo que faltaba en Terceira era un jefe y Palmella les envió á Villaflor, que consiguió romper á tiempo el bloqueo que á la isla había puesto la escuadra Miguelista,—25 de Junio,—pues se estaba alistando la expedición que pretendía destruir en ella la causa de la reina María.

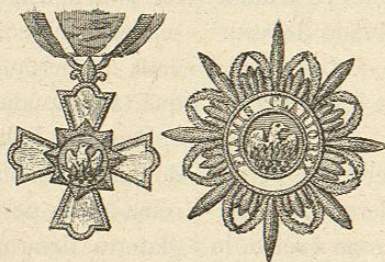
En efecto, el día 11 de Agosto, aprovechando el almirante portugués la circunstancia de haberse presentado brumoso el día, lanzó á la isla su cuerpo de mil doscientos hombres, abriendo á la vez el fuego contra la misma. Pero este ataque no solo fué rechazado, sino que ni uno solo de los mil doscientos hombres desembarcados pudo regresar á la escuadra. Renovaron los miguelistas el ataque pero fueron igualmente rechazados, viéndose obligados á retirarse después de haber perdido en la expedición mil cuatrocientos setenta hombres. La isla Terceira

estaba, pues, destinada á ser la Covadonga de la libertad inglesa, y el rey Pedro instituyó en ella la Regencia de su hija, que había regresado á Río, compuesta de Palmella, Villaflor y Guerreiro,—30 de Marzo de 1830.

Había en tanto, el gobierno inglés «tenido que sufrir durante el verano de 1829, los ataques de los whigs, quienes, al agitar la cuestión portuguesa no habían economizado epíteto alguno infamante «al asqueroso monstruo de Lisboa,» que renovaba los tiempos de Commodó y de Caracalla. La oposición en el seno de la Cámara de los comunes, en cuyas filas brillaban los Mackintosh, los Huskisson, los Brougham y los Palmerston; luégo en la Cámara de los lores, Clanricarde y Holland indicaron los argumentos con que el gobierno quería defender su política, cubriendo á los ministros de confusión y de vergüenza...»

Pero la situación de los whigs resultaba comprometida, porque venían obligados á tener que respetar la figura del vencedor de Waterlóo; así cuando en su discurso, Palmerston «se esforzó ante todo en probar que los ministros carecían de inteligencia y de todo sentimiento delicado del honor; al llegar al final de su discurso, declaró expresamente que hombre alguno que hubiese oído pronunciar el grande é ilustre nombre de Wellington, no podía tener un solo instante tal idea.»—De modo que la casualidad de Waterlóo continuaba á los quince años siendo fatal á la libertad de Europa.

Pero en donde el noble duque tuvo que oír y aguantar las más amargas verdades, fué en la Cámara de los lores, en donde sus pares le hablaron de la indignación que sentía todo buen inglés, por la conducta de su gobierno.



Hohenlohe: Fénix



CAPITULO XXXIII

INGLATERRA É IRLANDA

Punto saliente en los negocios interiores de 1820 á 1830.—El pasado de Irlanda.—Monstruosidad de la opresión en Irlanda.—Primeros alivios.—Pérdida de la independencia.—La unión.—La emancipación de los católicos.—Irlanda bajo Wellesley.—La asociación católica.—La asociación y la emancipación delante del Parlamento.—Los campeones de las partes hostiles en la cuestión de la emancipación: Canning y Peel.—La crisis comercial.—Restauración de la asociación irlandesa.—Intrigas de gabinete desde el principio de la enfermedad de Liverpool.—La elección en el condado de Clare.—Creciente agitación en Irlanda.—La emancipación convertida en una medida gubernamental.—La emancipación delante la ley.—Efectos inmediatos de la emancipación en Irlanda.—O'Connell.—Efectos inmediatos de la emancipación en Inglaterra.

RESULTA, pues, que si Inglaterra en Grecia siguió una política contraria á los intereses de Metternich, en Portugal no fué más que un ejecutor de sus voluntades, de modo que la política inglesa, siempre tortuosa, porque nunca ha tenido ideal alguno, se había desconsiderado tanto en la opinión que, á no ser la grande elocuencia de los oradores del partido liberal, Inglaterra perdiera toda consideración, lo mismo delante sus enemigos que delante sus amigos.

Si esto era así por lo que hace á su política exterior, en cuanto á su política interior toda la atención del país la absorbió de 1820 á 1830 la cuestión irlandesa, las reclamaciones de Irlanda dirigidas á conseguir la igualdad ante la ley y la emancipación de los católicos. Mientras Canning vivió, aún cuando éste se había presentado siempre como el campeón liberal de Irlanda, la había dejado de lado, de modo que quien vino á resolverla fué Wellington siempre tenido por su adversario.

Era esto una victoria para la curia romana y el partido conservador, pero era una victoria obtenida

por la fuerza de los principios democráticos, una victoria casi revolucionaria que había de transformar el gobierno y el partido de los tories.

A contar de 1830 en la historia moderna inglesa, el centro de su movimiento está en los asuntos de Irlanda.

Irlanda no fué conquistada por los ingleses hasta el siglo XII, durante el reinado de Enrique II. Los ingleses conquistadores se apoderaron de todo, dejando á los irlandeses sin derechos políticos y casi sin derechos sociales. Tan dura condición, hecha á la isla hermana, debióse al odio de los ingleses por los antiguos gaeles ó gaélicos. Luégo vino á complicarse este odio de razas con el odio político, pues Irlanda tomó partido cuando la guerra de las dos rosas por la casa de York. Vencida con su jefe, Irlanda cayó al rango de mera colonia. Enrique VII, el triunfador, redujo la libertad irlandesa al extremo de no poder convocar su Parlamento sin permiso del rey de Inglaterra y sin que éste hubiese aprobado su orden del día. Estatuto de Drogheda de 1495. A estos motivos ú ocasiones de opresión se agregó

un tercer motivo después, el que nació de la cuestión religiosa. Cuando Inglaterra, impulsada por el rey Enrique VIII, abrazó el protestantismo, Irlanda permaneció fiel á la religión católica, originándose de ello una guerra civil religiosa que enrojeció *la isla verde*. Cuando vencidos soltaron las armas los irlandeses, la opresión de los presbiterianos se les devolvió: así cuando Inglaterra se declaró por la república, Irlanda continuó fiel á la monarquía y Cromwell tuvo que ocuparse en sofocar la rebelión ó conspiración irlandesa. La restauración no fué con ella muy agradecida, pero al caer los Stuart Irlanda los acompañó y fueron los irlandeses los últimos en reconocer la nueva dinastía de los Orange, lo cual fué causa de que se rompiera el tratado de Limerick de 1691, que había garantizado á los irlandeses el ejercicio del culto católico, agravándose considerablemente su situación al advenimiento de la devota reina Ana que quiso hacerles renegar de su religión por medio del Código penal.

«No reconociendo las leyes la existencia de un papista, máxima que fué todavía proclamada en el año 1758 desde lo alto del tribunal, resultaba que no vivían sino por gracia é indulgencia del gobierno. Menos permitían aún las leyes á un sacerdote existir y funcionar como á tal; el culto romano no era más que tolerado tácitamente cuando se ejercía sin forma regular y se celebraba de oculto. Escuela alguna católica para los laicos, seminario alguno para los sacerdotes podían existir en el país, é irlandés alguno podía concurrir á establecimientos de tal índole en el extranjero. Castigábase como un acto de alta traición toda conversión de un protestante al catolicismo; pero en cambio á todo papista que abrazase el protestantismo se le devolvían todos sus derechos civiles, de los cuales se hallaban despojados los católicos. Éstos no podían tener tampoco asiento en el Parlamento irlandés, ni ejercer función alguna civil, militar y municipal; vivían como si estuvieran fuera de la ley, sin seguridad para sus bienes muebles é inmuebles, para su persona ó para su vida; sólo en una rama de la industria se les dejaba que pudieran emplear libremente su actividad; y no podían ni comprar ni vender propiedades agrícolas territoriales, ni arrendarlas por más de treinta y un años, ni elevar más allá de un cierto grado la fuerza productiva de sus granjas.»

Era, pues, evidente que Inglaterra se había propuesto destruir la población católica de Irlanda sometiéndola á un régimen de tiranía nunca vista para que la miseria la consumiera, pero los ingleses se equivocaban en sus cálculos; el hombre se acos-

tumba á todo hasta á la miseria, y como esa miseria se sufría por Dios y por la patria, se echa fácilmente de ver que gran consuelo y que gran refrigerio era para las almas irlandesas recordar que por Dios y por su patria sufrían y penaban tanto. Así, Irlanda que no contaba á principios del siglo XVII más allá de un millón de almas, contaba al cabo de dos siglos, esto es, en la época que nos ocupa, cerca siete millones de habitantes.

Que este estado de cosas había de hacer de los irlandeses un pueblo de fanáticos, es evidente; pues ¿cómo no, si los ingleses habían acabado por dictar leyes tan infijas é infames como la que hacía pasar al hijo la fortuna de los padres si aquél abrazaba la religión protestante, y obligaba al marido á pasar alimentos á su esposa y á dejarle la custodia de sus hijos si apostataba?

«Estaban, pues, los irlandeses exasperados contra las dinastías de Orange y de Hanover, cuyo nuevo y célebre fundador, Guillermo III, acababa de consolidar la columna de la Constitución británica, mientras que en Irlanda, para servirnos de las palabras del poeta, veía sonriendo á la Libertad llorando sobre ese edificio sin terminar. Estaban exasperados contra el pueblo inglés y contra su representación, que había ejecutado la obra impía de la legislación penal, de la cual decía Burke que era «de una perfección depravada.» Estaban exasperados contra la *squirarchia* protestante en Irlanda que, degenerando en una secta cruel de guardianes y esclavos, había durante medio siglo, desplegado el más grande celo para cooperar, en el seno del Parlamento irlandés, á la obra de la opresión. Estaban, en fin, exasperados contra la institución de la alta Iglesia en Irlanda que, medida por la extensión del suelo y no por la débil población anglicana,—ocho-cientas mil almas,—se había apoderado de toda la riqueza eclesiástica de la isla; además, á pesar de sus protestas y de sus tumultos, el labrador papista tenía que pagar el diezmo á los ministros de aquella Iglesia, á esos «señores de la oración y del botín,» bien que no tuvieran que recibir de sus manos servicio alguno, sino temer toda clase de hostilidades.»

De modo que si fanatismo había por un lado, no era menor el fanatismo que había por el otro, y la intolerancia había llegado á su colmo, así que la menor de las amenazas era pronosticar á los papistas que serían expulsados de su patria como habían sido expulsados los judíos y moros de España por Fernando é Isabel. De suerte que si se ha acusado á España por su intolerancia, cargándola

sobre su ignorancia y superstición, aquí tenemos á Inglaterra, el país más ilustrado del mundo, portándose de la misma manera, más aún, portándose como nunca se portó España. Lo que indica que el fanatismo es el mismo en todas partes, así se trate de la católica y reaccionaria España, como de la protestante y liberal Inglaterra.

Las relaciones entre el elemento protestante irlandés y el elemento católico, no eran siempre, como se puede suponer por lo dicho, las que mediaban entre un vencedor y un vencido. Cierto, cuando Inglaterra dejaba vivir á Irlanda, cuando no la agobiaba con impuestos, cuando respetaba la libertad que le había dejado, aquella relación existía. Pero no era cosa nueva ver en Irlanda unidos á católicos y protestantes para defender la patria común contra la explotación de la isla por Inglaterra, que se había reservado todo su tráfico, todo su comercio, en provecho propio.

Viniéronle los primeros alivios á Irlanda, por haber sabido aprovechar hábilmente la ocasión que le ofrecía América en su guerra de independencia, pues al quedar Inglaterra sin tropas y con el pretexto de que se temía un desembarco de tropas, se armó una milicia nacional, y apoyándose en ésta resueltamente, los patriotas irlandeses obtuvieron que se suavizara la dureza de las leyes penales y la independencia de los tribunales.

A estas conquistas siguieron otras, y el terrorismo religioso puede decirse que fué enterrado en el año 1782, al autorizar á los católicos que pudieran tener escuelas propias y al garantizarse su seguridad personal. Siguiendo, por fin, la acta que abolía la autoridad legislativa del Parlamento inglés respecto de Irlanda de la que ya hemos hablado, y la Unión de los dos países,—1800.

Hemos también visto la marcha que había seguido la cuestión de la emancipación de los católicos, que Irlanda reclamaba como una especie de indemnización por la pérdida de su independencia nacional, y Pitt, sin ir tan allá, consideraba que esta emancipación le era debida á Irlanda, y de esta opinión siempre fueron Fox, Granville y Canning, y ya hemos visto cómo se pudo formar el ministerio Canning-Wellesley respetando los escrúpulos del pacato Jorge III. Pero si se había convenido con el rey en dejar en suspenso la solución del conflicto pendiente, no se había convenido con el pueblo, y el pueblo era el que instaba la solución hablando en Inglaterra por la boca de los Swift y de los Burke, que por ello recibieron toda clase de bendiciones.

Pero aún cuando los whigs habían hecho de la cuestión de la emancipación de los católicos una cuestión de partido, y les auxiliara con sus bellos y sentidos cantos el poeta irlandés, Tomás Moore, las preocupaciones de los anglicanos oponían un *non possumus* no menos intolerante que los que salen del Vaticano.

Muerto el rey Jorge III, indudablemente la situación cambió de aspecto, y faltando ya la oposición sistemática en las altas regiones, la oposición ciega cedió falta de alimento, tanto, que ya Canning observaba, en 1821, que el pueblo inglés principiaba por dejar la solución del conflicto á la resolución del Parlamento.

La oposición se refugió entonces en la Cámara de los lores, en donde la presencia de los obispos de la iglesia dominante mantenían vivo el antiguo terrorismo tory, y esto que ahora, involucrando la cuestión irlandesa con la cuestión inglesa, se pedía su emancipación sin distinción de países, pero ni Plunkett pudo lograr que la Cámara de los lores aceptara la proposición que había hecho adoptar por la de los comunes, por la cual se declaraba que podían ser electores y elegibles los católicos,—1821;—ni Canning mismo el año siguiente consiguió que se devolviese á los lores católicos los puestos que perdieron en tiempo de Carlos II; ni el mismo lord Nugent, en 1823, consiguió que el Senado ratificase el voto de la Cámara de los comunes relativo á la igualdad de los católicos para desempeñar funciones públicas y usar del derecho electoral. De modo que los católicos hubieron de perder toda confianza en el triunfo legal al ver que, fuera quien fuera que propusiera su emancipación, aún cuando ésta fuera aprobada por la Cámara de los comunes, era rechazada sin obtener la menor compensación la de los lores.

El nuevo rey había hecho, sin embargo, concebir grandes esperanzas á Irlanda y más sobre todo al verle en Irlanda en 1821, de lo cual todavía no había dado ejemplo rey alguno inglés, de donde se puede calcular si hubo de ser recibido con entusiasmo, ni lo que hubo de pasar cuando al momento de ir á desembarcar se adelantó O'Connell, el jefe reconocido del partido democrático inglés, y colocaba, avanzando algunos pasos dentro del mar, una corona de laureles irlandeses en la cabeza del rey, abrazándose luego en su presencia con el alderman protestante, Bradley King. Jorge IV respondió á tantas demostraciones de cariño y de entusiasmo, nombrando lugarteniente de Irlanda al marqués de Wellesley, irlandés de nacimiento. Excusado es decir